

La Rueda de Hernán Cortés

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

La Rueda de Hernán Cortés (por Daniel Bernardo Grimberg)

- *"Si, a Aurelito lo tenía en mis manos, pero en un segundo se soltó y empezó a jugar como si estuviera en una plaza con atracciones gigantes"*- suspiró mi mujer Lucila.

Eso me dijo cuando pasábamos nuestras vacaciones en México, durante una visita cultural a Cuernavaca en donde entramos a distintas salas de un museo histórico, sin sentir horror por la Conquista sino una grata complacencia por situarnos por arriba de la historia y sus secretos nobles o espeluznantes.

Aprendimos que Hernán Cortés puso al imperio azteca de rodillas bajo la sombra de su sed de poder y lucro, y todas las tentativas que hizo fue para agrandarse y establecer una nueva disciplina en el mundo, que condujera a su prosperidad personal. Respiré esa información como quien comprende las implicancias metafísicas de la vida, y quien ve correr la sangre de miles desde una conversada distancia.

Me llamó Lucrecio Hernández y estuve con mi familia analizando invaluable piezas que contiene ese museo por todo su largo y ancho. Vi los rasgos diferenciales de las armas de los españoles y a la Rueda de Hernán Cortés: el último vestigio del poder de ese guerrero, que sostenía parte del carruaje con que se movía por las grandes orografías de México. Esa pieza se ubicaba en el medio de una sala abierta a las miradas asertivas de los visitantes.

El poder que fue una vez un estallido universal y significó el desplazamiento de gentes que hoy sólo son parte incalculable de nuestra imaginación, mantenía simbólicamente un pedazo de su vieja autonomía en esa antigua rueda de carreta, cuya esfera era también una perfecta representación del tiempo.

Pero mi hijo Aurelito entendía sólo de risas y no de espadas victoriosas, y veía como único porvenir el corretear salvajemente y subir a lo que creyó que sólo eran convencionales juegos. Él avanzó más allá de cualquier intención agresiva, se paró en la Rueda de Cortés y saltó sobre

ésta como si fuera un subibaja. Lo hizo con una libertad bendecida por sus pocos años, su pequeñez y escaso peso, que no parecieron desafiar la sólida estructura de la rueda o a lo que hubiera en cualquiera de esos espacios solemnes.

Pero, oh, la estática rueda crujió de golpe y se desmoronó en forma asimétrica y despreciable. Aurelito se limitó a aletear sus impulsos hacía otro lado.

Sé que lo que declaré causó alguna incomodidad, pero lo que ocurrió brindó al mundo una moraleja alucinante: *¡Con ayuda del tiempo un niño de unos pocos kilos había vencido al último vestigio del poder de un hombre que se abrió paso a sangre y fuego!*

El poder del hombre es la conquista, el del niño es reír a sus anchas.

Fin (13-2-2018)